

padre con alma y vida? por eso si la viera desgraciada... creo que me moriria de pena.

—¡Gracias, buen Nolasco! dijo entornecida la jóven y tomando la mano del mayordomo: te agradezco mucho tu cariño y lo pago con todo mi corazon; pero no temas; espero que seré dichosa: vamos, Martina, ya han llegado de Paris mi traje blanco de boda y mi corona de azahar.

La jóven y su aya salieron del salon, y Nolasco quedó dando la última mano á sus muebles y arreglando las espléndidas colgaduras.

—Yo, señorita, dijo Martina en tanto que se encaminaban á la habitacion de Alicia, estoy loca de alegría con esta boda... ¡qué bella pareja harán los dos! ¡porque el señor conde es todo un buen mozo!

—¿Verdad que sí? exclamó la jóven, y ¡que cara tan bella! ¡qué ojos tan expresivos....! ¡algunas veces demasiado tristes!

—¿A qué hora supone vd. que llegará mañana, señorita?

—Me parece que temprano.... anuncia á mi abuelo que, para asistir á la boda, vendrá con él su mejor amigo el coronel Sahagun.

—Y el señor duque que ha convidado ya á los señores que trata en Valladolid... ¡no faltará gente....! ¿Y dónde se casarán vdes., aquí, en la capilla, ó en la iglesia del puebló?

—En la parroquia: mi abuelo quiere que se haga todo con la mayor solemnidad.

—Y tiene razon: y ¿quiénes son los padrinos?

—Los marqueses de las Bárcenas, de Valladolid: la marquesa era muy amiga de mi madre, y ya sabes que, aunque mi abuelo y yo no visitamos á nadie, ella ha venido á visitarme algunas veces.

—Por cierto que es una señora muy bella y muy elegante. Pero señorita, ¿despues de casada se va vd. de aquí?

—Si, contigo y Nolasco, á la Mancha, donde el conde tiene su casa.

—¿Y el señor duque?

—Ya lo sabe y está resignado á ello: mañana por la noche partimos: conque prepara mi equipaje y el tuyo: yo lloraré mucho.... ¡Dios mio! la mitad de mi vida daria por no separarme de mi abuelo.... pero dice él mismo que mi deber es seguir á mi marido, y tiene razon.

—Pero ¿vendrá vd. á verle?

—¡Oh, eso sí! siempre que me sea posible! Alicia y Martina llegaron, al decir esto, á la habitacion de la primera: en medio de la estancia habia una gran caja de madera: Martina se arrodilló en el suelo y desclavó la tapa con ayuda de un martillo.

Alicia se inclinó, y sacó de su fondo el mas adorable vestido de boda que una novia pudiera soñar.

Era de seda blanca: el prendido y ramo para el pecho, de azahar y rosas blancas: el aderezo, de perlas: el devocionario, de marfil y plata.

V

Apénas enviaba la aurora su primero y perezoso rayo en aquella mañana de Febrero, cuando Martina entró en el cuarto de Alicia y se acercó á su lecho.

Dormia la jóven el sueño de los ángeles: en su noble frente se retrataba la seguridad de una dicha próxima y completa, y sus lindas facciones estaban iluminadas por una tranquila sonrisa.

Martina la tocó suavemente en el hombro, y ella abrió los ojos tan naturalmente y sin esfuerzo, como el pajarillo que se despierta sobre la rama de un árbol.

—Vamos, ¡arriba! dijo el aya á media voz: ¡ya ha llegado!

—¿Quién? ¿Raimundo?

—¡Claro está! ¿quién ha de ser? apenas se veía nada cuando han llegado él y el coronel.

—Yo no quiero que me vea tan temprano, dijo Alicia: esto sería demostrar demasiada impaciencia por mi parte, y además, mi abuelo no se ha levantado todavía.

—¿De modo que no se quiere vd. levantar?

—Eso sí, ahora mismo: porque, aunque no quiero que él me vea, yo quiero verle: ¿dónde están?

—Han dicho á Gerónimo que, para no molestar á una hora tan temprana al señor duque y á vd., se quedarían en el pabellon del jardín, en el que vd. dibuja, lee y borda.

—¡Dios mio! exclamó Alicia: ¡si al menos hubieran elegido el otro, estaba mucho mejor arreglado! pero el mio, ¿cómo estará? estos dias no he pensado en ir allá, y ya sabes que no consiento que vaya mi doncella sola porque todo me lo revuelve y trastorna.... sin embargo, pensándolo bien, me alegro que se hallan ido allí.... porque puedo verles sin que me vean y oír lo que hablen, que será sin duda de mí.

—¡Pero, señorita, eso de escuchar es muy feo!

Una tinta rosada cubrió el blanco rostro de Alicia, que respondió:

—Ya sé que no está bien hecho: pero cree, Martina, que no me guía una mala intencion.... deseo saber la opinion que el conde tiene de mí.... si de mí se trata, me quedará oyéndoles; pero si hablan de cosas suyas me retiraré.

—Ese deseo me parece muy natural, dijo la bondadosa Martina: conque vamos allá: á vestirse, y vaya vd., en tanto que yo me quedo aquí, acabando de preparar lo que falta para el viaje.

El aya puso á Alicia una bata de merino azul, y le echó en los hombros una manteleta de felpa negra de gran abrigo: la jóven salió corriendo como una cervatilla.

Llegó recatándose y por un sendero de travesía á uno de los dos pabellones que se alzaban en los costados del jardín, y penetró en él sin ruido.

El pabellon, que como ya sabemos era la habitacion de estudio de Alicia, estaba caldeado por una estufa que Gerónimo habia hecho encender.

Constaba aquel asilo encantador de una salita octógona, que tenia en sus dos ángulos laterales dos gabinetes, cuyas puertas se hallaban cubiertas con espesas cortinas: ambos gabinetes tenian salida á la escalera.

Alicia entró en el de la derecha, abrió la puerta y quedó oculta tras el tapiz y en disposicion de oír cuanto hablasen los dos amigos.

Sentados estos en el divan del centro de la sala, tenian delante un velador bastante grande, en el que se veian dos posillos, ya vacíos, de chocolate, dos cestitos con pasas y viscochos, y una bandejilla de plata llena de hermosos cigarros habanos: todo se debia á la prevision de Gerónimo, que habia deseado proporcionarles los medios de pasar lo mejor posible el rato de espera, al que se querian sujetar.

Veíase en un ángulo un piano abierto: en otro, un caballete con una pintura empezada: en otro, y sobre una mesita, algunos volúmenes: mas lejos una canastilla de labor con un bordado.

Sin embargo, el conde y el coronel parecian hallarse muy bien: reclinados en el mullido divan, hablaban y chupaban sus cigarros con gran placer, con ese placer sibarita de los fumadores inteligentes.

Alicia se apoyó contra la pared: la puerta en que ella se hallaba daba casi al lado de la cabeza de Raimundo; y aunque este podia oír su agitada respiracion, como no tenia ningun antecedente de la presencia de la jóven, no se apercibió de nada.

—No sé á la verdad, dijo el coronel, no bien Alicia se hubo acomodado en su escondite; no sé por qué no has de

amar á esa adorable niña; ni sé, ya que no la amas, por qué te casas con ella. Raimundo eso es cruel, y mucho mas noble hallaria el que te hubieras negado á los ruegos de su abuelo.

—No tuve valor para tanto, repuso el conde: un anciano que ruega, es para mí una cosa sagrada: creí ver á mi propio padre que me pedía esta boda.

—¿Pero no consideras que es Alicia la víctima de tu condescendencia? ¡Ni sé yo tampoco hermanar la ternura, que el abuelo te inspira, y la dura indiferencia con que miras la suerte de la nieta!

—¡Yo te lo diré, repuso el conde avivando la lumbre de su cigarro: amo á los ancianos: detesto á las mujeres!

—¡Bah, bah, bah! las detestas y les has sacrificado la mayor parte de tu fortuna? ¿Son un misterio acaso tus ruidosas aventuras galantes, la multitud de tus amores?

—¡Mucho he amado! repuso el conde cuya frente se cubrió de pronto de honda tristeza: mucho he amado y con mucha nobleza, y he sido pagado con mucha indignidad! Aquí, Miguel, prosiguió Raimundo apoyando su mano sobre el corazón, aquí no hay nada ya. nada mas que silencio.... y vacío!

—¿Qué dices! exclamó el coronel: ¿ni cómo quieres engañarme así? Si tu corazón estuviera seco, yo renegaría de la humanidad entera. ¿Dónde hay un tesoro mas rico que en él de abnegación, de nobleza y de ternura? Raimundo, te calumnias, y no quiero oírte.

—¡Ojalá fuera así! murmuró con tristeza el conde: en este corazón solo hay aún calor para tí.....para el amor, no se reanimará amas.

—¿Pero qué te ha sucedido? ¿qué gran desengaño sufriste que me has ocultado? Habla.....habla.....sepa yo lo que así te ha cambiado durante los dos años que he estado sin verte.

—Mi desgracia es mezquina; casi vergonzosa, dijo el conde: ningún dolor grande ha habido en mi vida: pero

oye los detalles de mi progresivo cambio para que, á lo menos sepas lo que yo sé.

Acercóse Miguel á su amigo con muestras de vivísimo interés, y la desposada aplicó á sus lábios el pañuelo para sofocar un sollozo que le arrancaban las horribles palabras que acababa de escuchar.

Raimundo prosiguió así:

—Ya sabes que nací muy rico: traje al mundo ya al venir á él, como obligacion, el cáncer del siglo, la ociosidad: la ociosidad forzosa del gran señor, y de la que mi padre era un ferviente adorador, á pesar de la nobleza de su carácter.

Me enseñaron algunas cosas de adorno, de esas que debe saber una persona bien educada; es decir, dos ó tres idiomas, á conocer el mio con perfeccion, á pintar uncua dro medianamente y á acompañar en el piano una romanza; aprendí tambien á tirar el florete, por si me veia en algun desafio, lo que me ha sucedido con bastante frecuencia.

Lo poco mas que sé, lo he aprendido yo en mis viajes y lecturas.

En completa libertad y en un pais tan bello en que el alma, sin quererlo y sin saberlo, se abre á las pasiones; inmensamente rico, ocupaba mi forzoso ociosidad en todo aquello que podia matar ó adormecer el alma, y corria por la rápida pendiente de los desórdenes, admirándome ahora yo mismo de cómo no fuí á dar en la del crimen.

Pues bien, amigo mio, en mi larga peregrinacion, no he hallado una sola mujer que mereciese mi amor y mi respeto: muchas me han amado por vanidad: otras por interés; y las que la fortuna y el nacimiento habian hecho iguales á mí, me han descubierto tantos defectos y tan malas cualidades para esposas, que he huido de ellas para conservar mi libertad.

Pero de esta perpétua lucha, solo he sacado el hielo en el corazón, y en el alma mil decepciones. ¡Ah! ¡por

qué, en vez de nacer opulento, no he nacido humilde obrero! ¡por qué no he sido un sacerdote del trabajo, en vez de serlo de los placeres, de las fiestas y de la vanidad! entonces mi corazón, preservado, por el escudo santo de una incesante laboriosidad, del hastío mortal que hoy le aqueja y le consume, hubiera amado á alguna modesta y virtuosa hija del pueblo; porque sólo en esa clase, es donde tal vez se ocultan algunas virtudes: entonces hubiera sido buen esposo y padre feliz!

—Aun te queda esa última dicha, dijo el coronel: aun puedes hallar en el amor paternal la felicidad y la alegría. Pero dime, crees poder respetar y estimar lo bastante á Alicia para no hacerla desgraciada? ¿tu hastío no tomará formas dolorosas é hirientes para ella, en el retiro que solos vais á habitar?

—No ó á lo menos llevo la firme intencion de ocultarle mi aburrimiento: pasarémos en ese retiro nada menos que la cercana primavera, y luego iremos á Madrid: ella se entretendrá durante la bella estacion visitando mis dominios, y en Madrid ya no temo por Alicia; hará lo que todas.

—¿Como?

—Irá á los bailes, á paseos, del tocador al salon, de la mesa al teatro... tendrá amantes, adoradores lisonjeros que la rodearán, yo no le haré falta ya, y así pasará su romántica pasión hácia mi.

—¿Y si no pasó?

—Pasará: yo procuraré que suceda.

—¿De qué modo?

—Riéndome de sus románticas manifestaciones: no haciendo caso cuando me acuse de indiferencia.

—¿Pero y si realmente te ama?

—¡Tanto peor para ella! no concibo cosa mas terrible que una esposa que, ademas de sus muchos defectos, esté enamorada.

—¿Pero tu que harás?

—Lo que hasta aquí: soportar los dolores del cáncer;

no hacer nada: buscar amores fáciles, de los que, al terminarse, no dejan huella alguna: jugar, cazar y cenar con esos que se llaman mis amigos y que viven á costa mia.

—¡Dios mio! ¡que horrible porvenir para tí y para Alicia! ¡Oh, Raimundo! ¿quien ha hecho en tí tan horrible estrago en estos dos últimos años? ¡No, tú no eras así antes! ¿quien ha consumado la obra de tu destruccion moral?

—Ha sido una mujer, despues de otras muchas, respondió Raimundo con acento sordo y pasando la mano por la frente: sí, la mujer que he visto mas hermosa y la que creia mas buena: la que he amado mas en este mundo: la que me ha dominado mas.... y tambien la mas perversa de todas las que he conocido... era una extranjera... una francesa de alto rango..... no quieras saber mas.... ya murió, y á pesar de su perfidia, he llorado su muerte, y la recuerdo con una pavorosa mezcla de un sordo y concentrado dolor. Cuando aquella mujer, que yo creia la única buena del mundo, la sola capaz de una gran pasión, descubrió el yelo que caia delante de su maldad, me aterró de mi engaño, y huyeron los últimos restos de mi fé para no volver jamas: ya no puedo amar ni creer: lo mas que podré hacer será respetar á mi mujer, en tanto que ella lo merezca, y darle mi indiferencia despues.

—El señor duque ruega al señor conde que pase á verle á su cuarto, dijo Gerónimo apareciendo á la puerta de la estancia: se siente algo indispuerto y por esta causa no viene.

—Vamos, dijo Raimundo: tú, Miguel, espérame aquí.

Al mismo tiempo de salir el conde, se oyó detras del coronel el ruido sordo y pesado de un cuerpo que caia al suelo.

El coronel se volvió, alzó la cortina, y vió ante sus ojos el inanimado cuerpo de Alicia.

—¡Desventurada! exclamó: ¡todo lo ha oído! ¡ya es esta boda imposible... pobre niña... y pobre anciano!

Miguel sacó despues en sus brazos á la jóven, y la colocó sobre el divan, contemplándola con una commiseracion profunda.

VI

Alicia tardó poco en volver en sí, y poco tambien en recordar lo que habia pasado: vibraba en su alma, como un eco fúnebre, la voz del conde confesándose incapaz de sentir el amor, y asegurando que se habia casado con ella solo por un sentimiento de compasion: atestiguaron al coronel su memoria y su dolor algunas lágrimas que se escaparon de sus ojos y rodaron por sus pálidas mejillas.

—Valor, señorita, dijo Miguel; ya que vd. conoce hasta dónde llega su desgracia, oponga á ella una frente serena: no ha de faltar en el mundo un esposo digno de vd. yo mismo lo seré si esto puede satisfacer los temores que, acerca de su suerte venidera, abriga su anciano abuelo.

—No, caballero, respondió la jóven enjugando sus ojos y sacudiendo con melancolía la cabeza: ¡no! nosotros no podemos casarnos.

—¿Por qué razon, señorita?

—Porque ni vd. me ama á mí, ni yo le amo.

—Es tan fácil amar á usted!

—No pensemos en eso, caballero; yo no puedo amar mas que al conde.

—A la edad de vd. y en el retiro en que se ha criado, no se sabe aún lo que será del porvenir, repuso el coronel: ¿qué sabe vd. si aun amará á otro con pasion?

—Ay, caballero! exclamó la pobre niña; vd. no sabe, vd. no puede saber cómo he nutrido yo este amor durante el mes que he estado segura de la dicha de pertenecerle! ¡vd. no sabe cuanto le he acariciado y qué profundas raíces ha hechado en mi alma! ¡No, no, se lo repito! ¡no es mi corazon de los que aman dos veces, y debo haberlo

heredado de mi pobre madre, que solo amó á su esposo y no pudo sobrevivirlo!

—Pero su casamiento de vd. con Raimundo es ya imposible, señorita! ¿Tendria vd. el triste valor de darle su mano, despues de lo que ha oído?

—Y ¿qué he de hacer, caballero, si yo le amo? Y aunque no le amase, ¿cómo dar una negativa que tanto afligiria á mi abuelo? Yo debo casarme con él, y esto no será una mala accion, porque ningun vil interés me mueve á ello, y le amo.

—Dios mio! ¿y qué felicidad puede vd. esperar de tal enlace, señorita? ¿Sabe vd. lo que es una union para toda la vida? Yo he estado casado, y lo sé... fui feliz en ella, y, sin embargo, comprendo lo que puede ser cuando el amor no endulza su peso, y, sobre todo, para una pobre niña sin valor y sin experiencia!

—Coronel, repuso Alicia, yo amo á Raimundo: mas no por eso le exigiré una correspondencia, que ¡ay de mí! sé, desde hace una hora, que no puede darme: me contentaré con su amistad y con que no me sujete á un trato duro, lo que no espero de él, porque, á pesar de todo, su carácter es noble.

—Y bien, repuso Miguel: yo quiero mejor esperar en el porvenir que desesperar de él, señorita: ya que vd. es tan generosa, que se decide á casarse por solo su amor, y por tranquilizar los últimos dias de su abuelo, yo quiero esperar en el porvenir... ¿quién sabe si está destinada á vd., á su candor, á su virtud, á sus gracias, la mision de despertar y dar calor á ese corazon adormecido y helado por los excesos y los desengaños del mundo? ¿Quién sabe si el conde hallará en el santo amor de la familia, en el amor paternal, lo que perdió en los placeres, las fiestas y la ociosidad?

Sonrió Alicia con tristeza, y respondió:

—No espero este triunfo, mi buen amigo, y desde hoy quiero darle este dulce nombre, ya que tanto se interesa por mí: no espero resucitar ese corazon cadáver ya:

ninguna esperanza de dicha me llevará al altar... pero, si Dios quisiera, tal vez podría inculcar en esa alma una consoladora creencia, la de que yo soy, si no tan superior como debiera ser para que el me amara, al menos la mejor de las mujeres que ha conocido.

—¡Ah, señorita, vd. es un ángel, y Dios la ayudará! exclamó Miguel con entusiasmo: ¡sí, vd. no sabe cuánto alcanza una mujer que es buena y cristiana! Ella es el ángel de la Guarda de su hogar y de su marido.

—Voy á hacer á vd. una pregunta, dijo Alicia, que se habia quedado pensativa, como herida por una idea repentina: en todo lo que ha hablado, el conde no ha pronunciado ni una sola vez el santo nombre de Dios, que vd. acaba de invocar... estará apagada también en su alma la llama de la fé cristiana?

Miguel bajó la cabeza y guardó silencio.

—Hable vd., dijo Alicia: ¿no cree el conde? ¿no ama á Dios? ¿no es buen cristiano?

—La fé religiosa se ha apagado en el torbellino en que ha vivido, respondió el coronel: su padre no debió inculcarle, tan sólidamente como necesitaba, los principios religiosos.

—Luego ¿no cre?

—Libreme Dios, señorita, de pensar tal cosa, dijo Miguel: solo pienso que no cree tan sólidamente como debería, y que la duda, que enfria su alma para el amor, la enfria también para la religion.

—Adiós y gracias, coronel, dijo Alicia levantándose y presentando á Miguel su pequeña mano: permitame vd. que me retire: creo que no tardarán en avisar á vd. para que vaya á reunirse con Raimundo y mi abuelo.

—Adiós y valor, señorita.

—Le tendré: sólo suplico á vd. que nuestra conversacion quede ignorada de todos.

—Nadie sabrá nada.

—Me promete vd. el secreto hasta para el conde?

—Para él, sobre todo: y yo mismo sólo la recordaré para admirar su valor de vd. y para decirle que soy su mejor y mas ádicto amigo, asegurándole desde luego que, donde quiera que me halle, si me llama, acudiré en su ayuda.

Alicia hizo una afectuosa señal de despedida y reconocimiento al coronel, se envolvió en su capa, y salió del pabellon.

Miguel la siguió con la vista y murmuró:

—¡Ah Raimundo! que infeliz vas á hacer á ese ángel, y cómo te pedirá Dios cuenta de lo que le hagas sufrir!

VII

El almuerzo no se hizo en el comedor, porque el duque, bastante indispuerto, no se pudo levantar para aquella hora.

La indisposicion del anciano, aunque frecuente en él, contristó aun mas el ánimo de Alicia, cuyo corazon estaba lleno de amargos presentimientos.

El coronel y el conde almorzaron juntos en el cuarto de este último: Alicia tomó solo un vaso de leche al lado del lecho de su abuelo.

—Creo que debes estar muy contenta, hija mia, dijo el duque: ya se van á cumplir los votos de tu corazon y los del mío también, puesto que vas á hacer un casamiento á tu gusto. El esposo que vas á tener, es noble, rico, de bella figura y que te ama ya, porque solo así se explica que te dé su mano y encadene su libertad. ¡Pero que cadena tan dulce sabrás tú hacer! nada te recomiendo, Alicia mia, porque veo en ti un retrato de tu buena madre, que, á su vez fué educada por la soya. Oh! si tu abuela hubiera vivido, hija mia, yo hubiera tomado mas tiempo para asegurar tu dicha, porque hubiera esperado en Dios que te dejase su amparo y proteccion; pero así, hija mia, he tenido que apresurarme, porque de un instante á otro

puedo morir, y te dejaba sola, sin apoyo y sin consejo, y demasiado rica por desgracia: hija mia, yo tengo confianza en Dios, y espero que El te mirará con ojos de misericordia y te dará la dicha.

Alicia se arrojó en los brazos de su abuelo, que continuó:

—¡Bendita seas, hija mia, tú que jamás me has causado ni un instante de dolor! ¡bendita seas, alegría de mi vejez, esperanza de mi nombre, único vástago de mi familia! si mis ruegos llegan al trono del Todopoderoso, tú serás dichosa!

Calló el anciano; su cabeza estaba levantada al cielo con una expresion de ruego, y su venerable rostro iluminado con una expresion sublime de confianza y de fé: la jóven sintió que descendía hasta su corazon un rayo de esperanza: la voz de aquel anciano virtuoso, benéfico, irreprensible en su larga carrera, debía, en efecto, llegar al cielo.

—Vé, hija mia, prosiguió el duque tras una breve pausa: vé á vestirme: los convidados van á ir llegando, y yo tambien quiero hacer un esfuerzo para levantarme... hoy me siento bastante mal y postrado... pero no temas, prosiguió al ver dibujarse el terror en el rostro de Alicia... es efecto de la emocion... de la alegría, al ver asegurada tu suerte.

La jóven ahogó un suspiro, pensando cuan mal asegurada estaba aún su dicha: pero lo ocultó bajo una sonrisa, y rogó á su abuelo que depusiera toda aprehension y que se animase lo posible para animar á todos con su presencia: despues le abrazó y salió de la estancia.

Martina la vistió su traje de boda, y cuando bajó al salon, halló ya en él á su abuelo, al conde y al coronel entre los convidados.

El aspecto del duque la asustó sin saber por qué; el anciano estaba como aniquilado bajo una fatiga profun-

da, aunque en su sonrisa brillaban la tranquilidad y la alegría.

Sirvióse á las cuatro una espléndida comida, y á las siete, prontos ya los carruajes, se dirigió la comitiva á la iglesia parroquial de la aldea, cubierta de flores y de luces.

Alicia pronunció un sí débil y tembloroso: el del conde fué firme y severo.

Acabada la ceremonia, se retiraron los concurrentes, y quedaron solos en el salon, el duque, su nieta, el coronel y el conde.

La conversacion se deslizó durante algun tiempo apacible y alegre, persuadiendo el duque al conde de que, en vez de irse á sus tierras de la Mancha aquella misma noche, segun habían proyectado, se quedasen algunos dias mas con él.

—Yo no me siento bueno, dijo: acaso el Supremo Hacedor quiere hoy, que dejo asegurada la suerte de mi hija, llamarme á sí: ¿por qué habeis de separaros de este anciano que os ama? ¿á qué tener que volver precipitadamente? desistid por ahora y quedaos algunos dias conmigo: si me pongo mejor, os ireis... si muero, ya sabeis que debéis tomar mi nombre y la posesion del titulo y tierras de Santa Clara.

—¿A qué esos tristes presentimientos, querido padre? dijo el conde: si el gusto de vd. es tenernos algunos dias á su lado, no nos irémos; pero no piense vd. en morir, porque aun querrá tal vez la Providencia dejarle por largo tiempo á nuestro lado.

—Gracias, hijos míos, dijo el anciano: yo os agradezco el que hayais atendido á mis deseos: ahora permitidme que me retire á descansar, y hasta mañana.

El anciano, que parecia en efecto fatigado de una manera alarmante, tomó el brazo de su fiel Gerónimo, y se retiró.

Martina se presentó con una buja en la mano para

alumbrar á Alicia hasta la cámara nupcial, á la que se dirigió despues de haber dado la mano al coronel.

Una vez allí, y despojada por sus doncellas de sus adornos de boda, se hizo poner un peinador blanco, se sentó al lado de un velador, y, despidiendo á su aya y á las camareras, se puso á leer esperando á su marido.

Nada mas bello y mas suntuoso que aquella cámara digna de los desposorios de un príncipe.

Los ricos tapices de seda carmesi recamados de oro; el gran lecho esculpido, rematando en la corona ducal; la multitud de candelabros de oro cargados de bujías que arrojaban torrentes de luz; las mesas doradas con tableros de pórfido; los grandes sillones dorados y carmesi, repartidos en rico profuso desórden; todo esto daba un aspecto regio á la habitacion.

Así que hubieron desaparecido sus criadas, Alicia dejó caer el libro, y, apoyando la frente en la mano, quedó pensativa por espacio de algunos instantes.

Oyéronse pasos en la cámara vecina, y poco despues la puerta de la habitacion nupcial se abrió dando paso al conde.

Alicia se levantó pálida y helada, y esperó de pié, y con una mano apoyada en el velador, á que su marido se aproximase.

—Mi querido esposo, le dijo con voz firme; si has hallado abierta la puerta de esta habitacion, es porque yo queria tener contigo una entrevista importante, y aun mas, porque no queria provocar un escándalo inútil ante los criados de la casa: de lo contrario, la hubieras hallado cerrada.

—¿Qué quiere decir eso, querida Alicia? preguntó el conde procurando tomarle una mano, que ella retiró.

—Esto quiere decir, repuso la jóven, que oí toda la conversacion que tuviste esta mañana en el pabellon con el coronel: que he sabido por ella que tu corazon está seco, que no me amas, ni puedes amar, y que hasta que

recobre ese corazon un poco de fuego y de vida, si es que esto es posible, no seré tu esposa mas que en el nombre: que mi alma rechaza este indigno consorcio, que he llevado á cabo para que mi abuelo muera tranquilo, y que yo no concedo ni concederé nunca al matrimonio otros derechos que los del amor.

El conde palideció al oír el razonamiento de su mujer; pero dominando á todo otro sentimiento el de su vanidad herida, se encogió de hombros con aire de glacial indiferencia.

—Al lado de la habitacion que ocupa el coronel, prosiguió la condesa, hay otra preparada para tí: yo me he ocupado de ese cuidado: todos aquí nos creeran unidos por los mas tiernos lazos; pero Dios y nosotros sabremos la verdad: esperó regenerarte y trocar tus dudas en la certeza de que hay en el mundo una mujer buena, digna, irreprochable: cuando te vea convencido, esa mujer será tuya..... ¡antes no!

—Buenas noches! dijo el conde con la brusca insolencia del hombre derrotado por una mujer: si has oído lo que hablé en el pabellon, nada puedes hacer mejor que olvidar.

Tomó, dicho esto, una bujía y salió sin mirar á su mujer.

Esta se dejó caer de rodillas delante del magnífico reclinatorio que se hallaba á los piés de su lecho, y oró con amargas lágrimas de dolor.

Mucho rato permaneció arrobada en su fervorosa plegaria; pero llegaron á sacarle de ella pasos precipitados y voces ahogadas que se oían por la galería que circua la casa.

La condesa abrió un balcon y se asomó á él, al mismo tiempo que llegaba Martina sofocada y jadeante.

—¿Qué pasa? preguntó la jóven, ¿venias á buscarme, Martina? ¿acaso mi abuelo?.....

No pudo decir más: el presentimiento, que se había apoderado de su corazón, la hizo palidecer y temblar.

—Señorita, el señor duque se muere.....no habla y está frío ya..... se hallan á su lado el médico y el señor cura.....también ha bajado el señor coronel.

—¡Vamos! exclamó la condesa: ¡vamos corriendo á ver lo que tiene!

Martina no había mentido: Dios había mareado en su libro el fin de la larga carrera de aquel anciano: no se movía, no hablaba, su rostro se hallaba cubierto de una suave palidez; pero se conocía que oía atentamente las exhortaciones del sacerdote, y que de vez en cuando rezaba, á juzgar por el débil movimiento de sus labios.

—¡Padre mio! exclamó Alicia arrojándose deshecha en llanto sobre el cuerpo del anciano.

—Dios, tu abuela... y tu madre, me llaman, hija mía... murmuró el duque haciendo un esfuerzo supremo: ya te dejo un protector... sé buena para que seas dichosa;...

No habló ya más para las criaturas que dejaba en el mundo: solo se le oyó articular el santo nombre de Dios, con ardorosa unción.

Hubo un instante en que volvió los ojos y buscó con ansiosa mirada al conde: hallóle á los pies del lecho: le señaló con expresiva mirada á su nieta, como un último ruego para que la hiciera dichosa: volvió después la vista al cielo y espiró!

Alicia dejó escapar un agudo grito y cayó desmayada en los brazos de Martina.

VIII

El conde y el coronel cumplieron todos sus deberes concernientes á las honras fúnebres del duque.

Alicia había quedado sumergida en tan profundo dolor, que parecía haberse suspendido en ella hasta el pensamiento,

—¡Pobre niña! á los diez y siete años quedaba sola, sin ningún amor en el mundo, pues su abuelo, único ser que la amaba, había volado al cielo.

Quince días pasó el coronel con los dos esposos; mas llamado después por negocios y deberes militares á Madrid, los dejó en su solitario y antiguo castillo.

Raimundo y Alicia tomaron el título de duques de Santa Clara, según el deseo del anciano, que ya se hallaba junto al trono de Dios.

Alicia conocía, al quedarse sola con su marido, que debía, sobreponiéndose á su dolor, empezar la grande obra que se había propuesto, y de la que dependía el porvenir de toda su vida.

A los tres días de haber partido su amigo, la vió su marido, después del desayuno, entrar con un delantal de percal puesto sobre su traje y un gran sombrero de paja.

El delantal ocultaba un gran bullo.

—¿A dónde vas? le preguntó Raimundo.

—A dar de comer á las aves, respondió Alicia.

—¿Tú?

—Yo misma.

—¿No hay una criada encargada de ese cuidado?

—¡Sin duda! pero la ociosidad me aburre ¿quieres venir?

—Gracias, respondió el duque.

La jóven duquesa salió, y su marido no pudo resistir á sus deseos de ir á buscar una ventana que daba al corral para ver cómo alimentaba su mujer al ejército de pavos, gallinas y palomas.

Acabada su tarea, Alicia hizo su sencilla *toilette* de luto, y se puso á estudiar un poco en el piano hasta la hora de almorzar: á lo menos así lo dijo á su marido, que se recostó en un canapé del salón de espaldas á ella.

Pero Alicia lejos de ocuparse en repasar alguna sonata nueva, se puso á tocar la más tierna y dulce de cuantas sabía, esperando divertir algún tanto á su marido, al que

veía por medio de un magnífico espejo, con la mano apoyada en la mejilla.

—Si yo pudiera inspirarle gusto por la música! pensaba ella: si su alma llegase á recobrar el sentimiento de lo bello, extinguido ó adormecido en él por el contacto de placeres vulgares; ¿quien sabe? parece que me escucha con atención.

Y Alicia acabó de tocar una preciosa y tierna sonata de Bellini que habia empezado, y que trasmitia á su alma tan dulce melancolía.

—Sin duda tiene Raimundo los ojos llenos de lágrimas como yo! pensó ella con íntimo convencimiento: veamos: voy á levantarme como para buscar algo.... pasaré por su lado con disimulo, y le miraré.....

La ejecucion siguió al proyecto: levantóse, y pasó por el lado de su marido, al que creía atento y enternecido: ¡oh dolor! Raimundo estaba durmiendo!

Una lágrima, no dulce como las que la música le arrancaba, sino amarga como las que produce el desengaño, corrió por la mejilla de la jóven duquesa.

—Ah! exclamó: ¡nada le agrada! ¡nada le conmueve!

Y sentándose con cólera en una silla, se acercó un velador que contenia un gran envoltorio y un estuche de costura.

Aquel ruido despertó al duque, que abrió los ojos con disimulo y se puso muy formal, para no dar á entender que se habia dormido.

—¿Qué vas á hacer? dijo á Alicia al ver que cortaba una tela que habia sacado del paquete.

—Voy á cortar un vestido para mí, repuso ella.

—¿A cortarlo?

—Y á coserlo.

—Pero no hay modistas? ¿no tienes doncellas?

—Ciertamente; pero yo siempre me he hecho los vestidos: me abruma la ociosidad.

—Mira, dijo Raimundo si quieres, dentro de un rato saldremos á dar un paseo á caballo: ¿sabes montar?

—Como una amazona! respondió Alicia alegremente: cuando te parezca la hora, manda ensillar los caballos.

Y siguió cortando el vestido.

Levantóse Raimundo y dió dos ó tres paseos por la sala: se aburría y no sabia en qué emplear su tiempo hasta la hora del paseo.

—Aquí hay un ejemplar de la *Divina comedia*, dijo Alicia: ¿quieres leerme un poco mientras coso?

—Está traducido? preguntó el duque.

—No; está en italiano, repuso sencillamente la jóven.

—¿Conoces tú el italiano?

—Un poco; para cantar es preciso.

El duque tomó el libro que su mujer le presentaba y empezó á leer con gran sonoridad y sentimiento la *Divina comedia*.

—Tiene alma! se dijo Alicia: aun siente: ¡solo que yo, ignorante y sencilla jóven, puedo tan poco! ¡Dios mío, ayúdame! enseñadme los medios de conservar mi único bien! ¡Oh! ¡si cansado de esta soledad, que tan poco embellece mi compañía, quisiera irse á Madrid, entonces si que tendria que temer por el porvenir!

Después de leer como una media hora, el duque fatigado, dejó el libro y salió para ir á ordenar que dispusieran los caballos.

Alicia se presentó vestida de amazona, y tan linda, que su marido la contempló con verdadera admiracion.

El luto riguroso de su amazona hacia resaltar el castaño dorado de sus cabellos y el gris azulado de sus ojos: su talle, de una gracia y figura maravillosas, lucia toda su elegancia aprisionada en el corpiño con aldatas: por debajo del sombrerito de castor negro, asomaban los magníficos rizos de sus cabellos, y no parecia posible que sus manecitas pudieran sujetar al fogoso bruto que pafaba en el patio anhelando salir al campo.

La mirada de su marido hizo palpar el corazón de la duquesa: ésta montó ligeramente, y salió siguiéndola

Raimundo, que rehusó la compañía de ningún criado ó palafrenero.

—¿Sabes que no sospechaba que montaras tan bien á caballo? dijo el duque á su mujer.

—Tomemos un galope respondió ésta alegremente.

Los caballos salieron con velocidad: llegados á una pradería, Alicia acortó el paso para disfrutar de su deliciosa vista.

Estaba espirando Abril: ya había flores entre la yerba: los árboles llevaban su verde traje de primavera: el sol bañaba los extremos de sus copas, y los pajaritos entonaban el himno vespertino, saltando gozosos de rama en rama.

—¿Qué será aquel humo? dijo de repente Alicia, señalando á una columna que se confundía con el azul del cielo.

—No sé, repuso el duque: vamos allá, y lo veremos.

Pronto los acercaron los caballos al pié de un montecillo, en cuya falda se veía una pobre cabaña hecha de paja y piedras.

Fuera de la puerta de la cabaña, ardía una hoguera, al lado de la cual había dos niños y una mujer que envolvía patatas en la ceniza caliente.

Alicia, sorprendida de hallar aquella gente en sus dominios, bajó del caballo y se acercó á la mujer, que al ruido se volvió y dejó ver un semblante flaco y curtido por los años.

—¿Vive vd. aquí, buena mujer? preguntó la duquesa.

—Sí, señora, respondió la mujer: soy la madre del pastor que guarda parte de los ganados de los señores duques de Santa Clara.

—¿Y estos niños?

—Son mis nietos: mi hijo quedó viudo el año pasado: su mujer pereció en el incendio que les dejó sin su casita de la aldea: entonces no hubo mas remedio que hacer esta cabaña y venirnos acá con los niños: ya pedimos licencia al mayordomo Sr. Nolasco, que nos la dió, y nos dijo

que para tan poca cosa no quería incomodar al señor duque.

—¡Pobre mujer! exclamó Alicia, cuyos ojos se llenaron de lágrimas: vivir aquí en esta choza donde penetra el viento y la lluvia, cerrada solo por una puerta de palos! Dios mio! ¿y se puede vivir de ese modo? ¡Ah! qué culpables somos los ricos de la tierra ignorando todas estas miserias.

Alicia estaba tan bella hablando así y abrazando á las niñas que la miraban atónitas, que su marido no pudo contener un gesto de admiración.

—Les levantaremos una casita: ¿querrás, Raimundo? preguntó la duquesa estrechando la mano de su marido.

—¿Por qué me consultas eso? respondió éste: ¿no eres tú aquí la señora de todo?

—No, respondió Alicia suavemente; sin tu permiso, nada puedo ni debo hacer.

El duque sonrió con amargura: su amor propio se hallaba herido del frio trato que su mujer había establecido entre los dos: se sentía allí inferior y dominado en todo: la jóven era mas noble, mas generosa que él, como asimismo mas rica: el título que llevaba no le pertenecía: su boda, á pesar de haber sido casi la obra de la caridad, podía llamarse la obra del calculo: solo el amor podia salvar la inmensa distancia que cada dia los separaba mas.

Alicia, inocente como una niña, quiso entrar á ver el interior de la cabaña: admiró el torno en que hilaba la madre del pastor, la cabrita que daba leche para las niñas, y jugó alegremente con el animal y con sus infantiles amas, bebiendo con gran placer un vaso de leche.

El duque experimentaba, contemplando á su mujer, una sensacion desconocida para él hasta entónces: en nada se parecia á la admiración que tantas veces le había causado el ver á una bella mujer vestida con un esplén-

dido traje de baile y llena de diamantes; no se asemejaba tampoco al entusiasmo producido por el canto de una eminente artista, de aquellas cuyo nombre era europeo, y cuyos amores habia pagado á tan subido precio, no; lo que oia era un canto del alma, de una alma pura, que se abria, como una flor, al santo rocío de la caridad cristiana.

Quizá por la primera vez dirigió á Alicia la mirada del verdadero amor, y entonces recordó que ninguna otra mujer de las que habia conocido, le habia parecido tan bella y tan interesante como la suya.

Ya era cerca del anochecer, cuando Alicia, después de haber estrechado la callosa mano de la anciana, dejando en ella un bolsillo con algun dinero, y de haber abrazado tiernamente á las niñas, volvió á montar á caballo, ofreciendo á la desgraciada familia, que se ocuparia de su suerte.

Los dos esposos salieron al paso, y el silencio reinó entre ellos, pues ambos iban absortos en sus meditaciones. Alicia estaba aún enternecida: su marido pensaba en que una mujer tan buena y caritativa, debia ser el bello ideal que él habia buscado toda su vida y en el torbellino del mundo sin poderlo encontrar.

La luna salió en breve de entre los árboles, é iluminó con su plácida y melancólica luz toda la campiña; su resplandor hizo blanquear las tapias del cementerio, y sus primeros rayos fueron á bañar la cruz de bronce que servia de remate á la cúpula de la capilla, que brilló como un faro consolador.

—El sepulturero se hallaba sentado á la puerta del asilo de los muertos, con su mujer y sus hijos.

—Raimundo, dijo Alicia á su marido: jamas paso por este recinto, que guarda los restos de todos los que me han amado, sin que entre á elevar por ellos una oración: espérame un instante.

—Yo iré contigo, respondió el duque: es de noche y tendrás miedo.

—¡Miedo! repitió la jóven con voz triste y profunda: ¡ojala pudiera pasar mi vida al lado de esos sepulcros; entónces la gran soledad en que vivo se llenaria para mi y seria mas dichosa esperando la hora de ocupar mi sitio al lado de mis padres y de mis abuelos!

El duque nada respondió; pero el acento triste de su esposa, vibró en su alma como una dolorosa reconvencion.

Apearonse, y el aposentador de los muertos ató los caballos á un árbol, franqueando el paso á su jóven señora y á su marido.

El cementerio no tenia nada de espantoso: el guardian cuidaba con esmero el lindo jardincillo en cuyas galerias se veian los nichos con sus lápidas, que explicaban el nombre y la edad de las personas que los ocupaban.

No obstante, eran pocos los habitantes de aquellos, y lo que mas se veia eran humildes cruces de madera negra, que señalaban las sepulturas del suelo.

En medio, y rodeado de una verja de hierro, se levantaba el panteon de los duques de Santa Clara: era de piedra, bastante alto, y contenia las cenizas de los abuelos y los padres de Alicia.

Esta se arrodilló: unió sus manos, inclinó la cabeza y se puso á rezar.

Raimundo, apoyado en uno de los ángulos de la derecha, y con el sombrero en la mano, la contemplaba con respeto: el silencio de la noche, la tibia luz de la luna, todo daba solemnidad á la plegaria de la jóven.

De repente creyó el duque oír un sollozo: se acercó á su mujer, oyó un segundo gemido, y pudo convencerse de que Alicia lloraba.

—Vamos, querida mia, le dijo dulcemente: esta emocion, tan largo tiempo sufrida, puede causarte daño: levántate ya y volvamos á casa.

Alicia obedeció como una niña: su marido no se atrevió á dirigirle una palabra: tanto era el respeto que le inspiraban el dolor y la desgracia de aquella jóven, que, casa-